

RINCÓN DEL EDITOR _____

Meditación sobre Cervantes y Granada



Consta que Cervantes visitó Granada y otras ciudades de la comarca, desde Alhama y Almuñécar hasta Baza y Guadix, durante su etapa de alcabalero. Fue un autor interesado en la historia nacional, dado a mencionar antigüedades, puntos interesantes y monumentos, desde los Toros de Guisando a La Giralda. Andaluz—no castellano y mucho menos manchego—repetidas veces comenta las excelencias del sur de España. Llama la atención, entonces, el hecho de que ningún personaje suyo visita Granada y que no menciona ninguna antigüedad o curiosidad granadina, aunque sea “buena patria,” en opinión de Don Quijote (II, 72). En sus obras, los granadinos son pocos. Álvaro Tarfe, el mejor conocido de ellos, fue personaje creado no por Cervantes, sino por Avellaneda.

Es aún más llamativa la ausencia de comentario cervantino cuando consideramos la importancia ideológica de Granada en su tiempo. En parte por el influjo del mismo Cervantes, hoy general introducción a la cultura del Siglo de Oro, sólo es de especialistas el gran debate originado por el “descubrimiento” de los “libros plúmbeos” en el—así llamado por este motivo—Sacro Monte. Un

bibliófilo, asiduo de librerías, tiene que haber conocido la popularísima *Guerras civiles de Granada*, aunque no la mencione, así como *La verdadera historia del rey don Rodrigo*, de Miguel de Luna.

Y si hicieran falta otros datos, era amigo de poetas que o eran granadinos o vivieron y estudiaron en Granada, como Barahona de Soto, Pedro de Espinosa y Pedro de Padilla. No le faltaron contactos con Granada: viajes, libros, amigos. Pero en contraste con Sevilla, Córdoba y Málaga, Granada está ausente de las obras de Cervantes. La Granada que fue, en la primera mitad del siglo XVI, capital de España, tumba de los Reyes Católicos, ciudad donde Navagero tuvo su famosa conversación con Boscán, y donde Carlos V construyera su palacio. Reemplazada por Madrid, ciudad adonde Cervantes tuvo que vivir y que evidentemente no le gustaba.

En una sociedad con censura, lo que un autor deja de comentar puede ser revelador. Al final de *Persiles y Sigismunda*, por ejemplo, la visita a Roma omite toda mención de sus ricos edificios, monumentos, basílicas y palacios de suntuosidad sin par. Roma es donde reside el papa, punto. Ya que Cervantes suele comentar los lugares por donde sus personajes pasan, cuando no describe Roma, cae de su peso que estaba molesto con lo que allí se veía. No podía criticarla, y no quería elogiarla. No le quedó más remedio que callarse.

Si pudiera, ¿qué habría dicho de Granada? Lo único que me atrevo a pensar es que habría de disentir en más de un punto de la versión oficial de la reciente historia granadina. Granada fue el eje de los conflictos ideológicos en la España del siglo XVI. Conquistada—no se habla de la “reconquista de Granada,” sino de su “conquista”—, las capitulaciones con tanta condición sin cumplir, la libertad de culto abolida, una hoguera de manuscritos en la plaza Bibarrambla,¹ prohibida la indumentaria tradicional y hasta la lengua misma de los moros y por fin la llamada rebelión de las Alpujarras, verdadera guerra civil en espera de un estudio moderno. Todo ello presentado, desde luego, como inevitable, glorioso y honrado, producto de un pensamiento noble, nacido no sólo en

¹ Véase “El Cardenal Cisneros y la quema de los manuscritos granadinos,” *Journal of Hispanic Philology* 16 (1992 [1993]): 107–24, disponible en <http://bigfoot.com/~daniel.eisenberg>.

la bondad sino en la misma generosidad del vencedor. Un cardenal, Cisneros, no podía equivocarse, según la historia oficial; tampoco un rey.

Así el silencio de Cervantes sobre Granada es elocuente. Representa un tipo de disensión, una muestra de no conformidad. No implica, desde luego, que su intelecto tuviera todo un sistema coherente de oposición al pensamiento monárquico y oficial. Pero sí, me parece, que sintiese que algo había pasado en Granada que no tenía explicación convincente, algo que no encajaba.

La actitud expresada en las obras de Cervantes hacia los moriscos—granadinos desterrados—es contradictoria. Se ha hablado de una autocensura. Pero aparte de la cuestión de su posición sobre los dos destierros, el interno de 1571 y el externo de 1609–10, están claramente apuntadas la productividad y riqueza granadinas. No sólo Ricote en *Don Quijote*, sino el hortelano amo de Berganza, saben acuñar dinero, enriquecerse por el comercio y la agricultura, sin desperdiciar sus recursos en guerras.

Para confirmar la magia, el misterio, el encanto que rodeaba Granada, hay el más importante, y casi el único, granadino en las obras de Cervantes. Se trata de la maga Cenotia, de Alhama, que aparece en *Persiles*, II, 8. Controla la hermosura, el tiempo, la riqueza. Es también la mujer de mayor carga erótica de todas las suyas, por lo general castas o casadas.

Granada fue, entonces, importante para Cervantes, lugar y reino cuya triste suerte había meditado. Un tema sobre el cual no se atrevía a expresarse. Pero también un sitio pletórico de secretos y desaparecidos encantos, ciudad y reino de misterios.²

² Una versión anterior de este texto apareció en el tomo *Premio de Poesía Miguel de Cervantes 2000*, Colección Arabuleila de Poesía (Armila, Granada: Ayuntamiento de Armila—Asociación Cultural “Armillat,” 2000), 13–16.